cho de autoderminación y con las veleidades nacionalistas auspiciadas desde la misma conferencia: "Resulta difícil imaginar hoy que semejante proyecto pudiera tomarse en serio. Sólo unos cuantos historiadores excéntricos tienen aún interés en estudiar la Sociedad de Naciones. Casi nadie visita sus archivos, con su riqueza de materiales. El nombre mismo evoca imágenes de serios burócratas, partidarios liberales de ideas confusas, resoluciones inútiles, misiones de investigación que no conducían a nada y, sobre todo, fracasos".

Totalitarismos en el horizonte

A diferencia de Gran Bretaña y Francia, el resto de las naciones europeas, incluida Italia que estaba sentada en la mesa como potencia vencedora, sólo sienten recelo ante los resultados de la conferencia. Cualquier decisión provoca un torbellino de habladurías, en medio del cual no se sabe si el honor de la democracia es protegido para que no pierda prestigio en contacto con los totalitarismos que se perciben en el horizonte (el comunismo, el fascismo y el nazismo enseñaron pronto sus garras) o para que no se hunda en el pantano de la compleja historia de la otra Europa. "El problema estaba en que los serbios no fueron los únicos en despertar. Había muchos recuerdos potentes en los Balcanes. Tal como comentó Churchill, los Balcanes producen más historia de la que pueden consumir." Esta presencia de un peligro podría ser la garante de una paz impuesta en el mundo, en virtud de un equilibrio de poderes, si no fuera porque su oscuro nacimiento se identifica con una revisión del pasado inmediato. Los políticos de Versalles nunca entendieron que enterrar el mundo moderno era abrir la caja de Pandora a una mitificación del pasado medieval y con él de una exaltación de la raza pura, los arios en la Alemania nazi, los eslavos en la gran Serbia y así. La torpeza no es responsable de la historia siguiente, pero el exceso de ilusión de algunos políticos dio alas a quienes tenían como objetivo último de su actuación el holocausto. Y con eso está dicho todo. |

rios –"No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar; ve con tu segura conciencia y digan lo que dijeren; y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo"– o cuando el caballero de la triste figura aconseja a su escudero: "Has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que pudo imaginarse".

Llegar a ser uno mismo, construirse sin prisa ni pausa, esa es la aventura del loco Alonso Quijano y también es la fe irrenunciable del lector del siglo XXI, horrorizado por el anonimato en las masas y los guetos y que, como Castilla del Pino, está convencido que "la desgracia infinita e insoportable es la inaceptación de sí mismo". En el sueño de la literatura –no olvidemos que Don Quijote es un lector que enloquece, como su lejana tataranieta, Madame Bovary–, en la fantasía, está la energía del proyecto de nosotros mismos, por encima de la conciencia real de nuestra persona y el mayor o menor realismo con el que vivamos. La locura –o el sueño– da la plena identidad que desaparece en la cordura o en la vigilia. El buen sentido está en asumir la vida toda, asumiendo incluso la locura, como hizo el bueno de Sancho Panza. |

El ensayista y crítico británico Cyril Connolly ARCHIVO

Ensayo Figura capital del ensayismo inglés, en su deliciosa 'Obra selecta' habla de su época, de libros y escritores, de espías y diplomáticos o de sí mismo

Cyril Connolly, un festín literario muy británico

Cyril Connolly
Obra selecta
Traducción de Miguel Aguilar, Mauricio Bach y Jordi Fibla

LUMEN
848 PÁGINAS
28 EUROS

MARC SOLER

Hace quince años la extinta editorial Versal que por entonces dirigía Antoni Munné con la colaboración de Joan Rimbau publicaba casi de una tacada –lo que por estos pagos tenía mérito aún a costa de ser una invitación al suicidio editorial– tres libros del ensayista y crítico británico Cyril Connolly (1903-1974): la novela *En el fondo del estanque* (abril, 1990), *El sepulcro sin sosiego* (noviembre, 1990) y *Enemigos de la promesa* (abril, 1991). Ahora la editorial Lumen recupera los dos últimos títulos que acabo de citar en un solo volumen aunque de *El sepulcro sin sosiego* se presente una nueva traducción que empieza por el mismo título. Ahora figura como *La tumba inquieta*. El volumen se completa con una selección de artículos y textos puestos bajo el epígrafe de *De varia re* y publicados por Connolly en diferentes medios. Asimismo se incluye *Los diplomáticos desaparecidos*, un opúsculo sobre los espías británicos Guy Burgess y Donald Maclean pasados a la Unión Soviética. Para seguir con el apartado de reconocimientos no faltan algunos textos traducidos por Mauricio Bach en el 2000 para Mondadori.

Una vez realizadas las presentaciones de rigor, la pregunta que salta de inmediato no es otra que saber donde radica el interés de leer hoy a Cyril Connolly. Y la respuesta resulta igual de inmediata: nos obliga nada más y nada menos que a volver sobre los pasos del Movimiento Moderno al que Connolly tuvo el valor de ponerle fecha de nacimiento y defunción: 1880-1950. Año en el que el autor cerraba la revista *Horizon* que había fundado y dirigido desde 1938. ¿Iba desencaminado Connolly al poner fecha de caducidad al movimiento? Pienso que no. En realidad cualquiera de los numerosos *ismos* surgidos a partir de 1950 no dejan de ser, por emplear palabras del propio Connolly, los últimos brotes de un tronco central ya cortado.

Con suerte quedará alguna cosa. El mismo escritor inglés ya lo advertía: "Se van los Titanes, llegan las tesis". Nos podemos acercar a un par de artículos que nos dicen muy bien de qué va el asunto. El primero, dedicado a Joyce. Dice lo siguiente y estamos en 1941: "En la siguiente época de *ocio expansivo*, cuando podamos volver a leer y evaluar el pasado, es muy posible que ocupe el lugar que ha ocupado más recientemente Henry James, el de Precursor de moda, el magnífico producto de *una civilización desaparecida y extraña que, compleja y remota, estimula la imaginación y así se comunica con su sucesora*". (Las cursivas van por mi cuenta.) El segundo artículo que traigo a colación (*Poesía hoy*, 1970) empieza diciendo esto: "La revolución tecnológica que estamos atravesando es mucho más importante que la política. La vemos alrededor de nosotros, pero no somos conscientes de sus efectos sobre nuestra mente ni sobre nuestros hábitos de pensamiento y emoción. Autores como Marshall McLuhan nos pueden sobresaltar un tanto. A mí me sacudió la sugerencia del señor Gore Vidal a propósito de que la literatura del futuro consistirá en las conversaciones telefónicas de Truman Capote grabadas en un disco del tamaño de un sello para el banco mundial de las palabras".

> Ya en 1970, Connolly alertaba en un artículo que la revolución tecnológica estaba afectando a nuestros hábitos de pensamiento y emoción

Agudos comentarios

¿Cómo vería hoy Connolly la proliferación de blogs en la red? ¿Incluiría esta forma de escritura en su listado de "enemigos de la promesa" situándolo entre el periodismo y la conversación o su equivalente actual la vida socio-cultural? Los artículos de Connolly son un festín no sólo por sus agudos comentarios acerca de obras y autores liberados de la crosta de las jergas posteriores –de Forster, por ejemplo, dice que "nada le disgusta tanto como la presunción intelectual, en el sentido de orgullo espiritual"–, sino también por el intento de ver los signos del tiempo a través de las grietas del Movimiento Moderno una vez finiquitado. No menos delicioso resulta toparse con comentarios sintácticos sobre la frase compuesta y el papel de los adverbios en el interior de una frase. O sobre el lenguaje romántico. Pero, en general, los artículos hay que verlos como una prolongación de los intereses que reflejan sus libros. Cuando Connolly escribe sobre su época, su generación o sobre sí mismo, por ejemplo, en *Uno de mis Londres* y *Diario de Londres* (donde por cierto define a los "revolucionarios psicológicos" y a los "estetas revolucionarios"), parece prefigurar formas literarias hoy presentes en autores coetáneos. Esta impresión resulta más acentuada leyendo textos aparentemente tan dispares como *Los diplomáticos desaparecidos* (1952), *Barcelona* (1936) o la tercera parte de *Enemigos de la promesa*, titulada *Adolescencia georgiana* (1938). Pero también de ese maravilloso e inclasificable artefacto literario que es *La tumba inquieta*, libro que, por sí solo, ya merecería un extenso comentario. Eso cuando no lo encontramos hablando de nosotros mismos en *El arte de viajar* (1937) o *Volver a Grecia* (1954).

Por último, una propuesta. ¿Para cuando un editor osará publicar ese *catálogo razonado* titulado *Cien libros clave del Movimiento Moderno en Inglaterra, Francia y América* del que en este volumen hay algún precedente? |